

ADMINISTRACION
Calle del Cerro número 97
Montevideo

SEMANARIO FESTIVO

Director: EUSTAQUIO PELLICER

AÑO I — TOMO I
7 DE SETIEMBRE DE 1890
Número 8

CARICATURAS CONTEMPORÁNEAS

LUIS SAMBUCETTI

Schütz

Violinista nacido en este suelo,
del que debo decir, á fuer de justo,
que tiene, como artista, mucho vuelo,
y mucha inteligencia y mucho gusto,
y mucha ejecucion.... y mucho pelo.

PRECIOS
DE
SUSCRICION

MONTEVIDEO Y DEPARTAMENTOS

Un mes	$	1.00
Seis meses	»	5.00
Un año	»	9.00

EXTERIOR

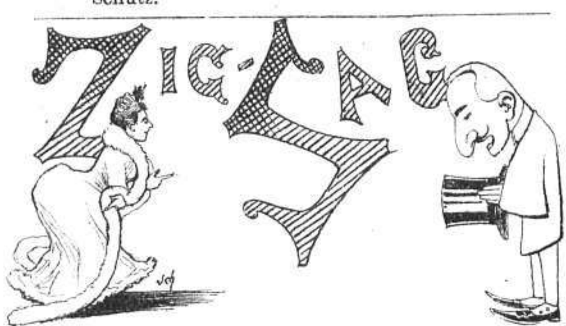
Los mismos precios, en moneda equivalente, con el aumento del franqueo.

Número corriente, 30 centésimos
» atrasado, 60 »

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

IMP. LIT. LA RAZON CALLE CERRO Nº 93 A 97

SUMARIO



¡Así es el mundo! Ayer, solo pensábamos en cosas grandes (el empréstito), y hoy pensamos solo en cosas pequeñas (los enanos).

Podríamos extendernos en muchas consideraciones acerca de la volubilidad del pensamiento humano, si no tuviéramos horror á los *considerandos* y el tiempo escaso, y otros asuntos mas dignos de consideracion.

Pasémoslas, pues, por alto.

Desde que arribó á estas playas la compañía liliputiense, rara habrá sido la persona de bajo nivel corporal, que no se haya refocilado con la idea de representar en el mundo á una especie gigantesca, con relacion á la que representa la citada compañía.

En cambio, los que resultan de elevada estatura, con relacion al común de la especie humana, se habrán sobrecogido, pensando en que haya quien les tenga por torres *eifeles* vivientes, ó, cuando menos, por postes telegráficos vestidos de persona.

Ya podrán figurarse que no nos aludimos, al hablar de los que hayan pensado así. Y eso que hay quien nos gana en esto de tener *estatura con descuento*, ó talla mermada.

Lo que sí hemos hecho, es extrañarnos de que el empresario Cartocci haya alojado á su compañía en un hotel, existiendo en la Oficina de Análisis Químico, tubos especiales para guardar organismos microbiológicos.

Ha sido una imprudencia, de la que puede arrepentirse.

¿Quién no prevee las contingencias que pueden ocurrir á una persona, casi invisible?

—¡Donde está el General Schofer!—exclamará á lo mejor.

Y busca de aquí, busca de allí, resultará qne al General lo barrió el mozo que hizo la limpieza del cuarto, tomándole por un tapon de corcho, inservible.

Otro dia echará de menos á la Princesa Mignon y puede que la busque inútilmente, porque la Princesa habrá muerto, víctima de la uña del dedo gordo de algun huesped enemigo de las pulgas.

No es el primer accidente que han sufrido yá.

Sabemos que la señora del General Tot, cuenta uno que la puso en inminente peligro la vida.

Comiendo un dia á bordo del vapor que les ha conducido, quiso ver la clase de sopa que iban á servirla y tanto inclinó el cuerpo sobre la sopera que se le fué la cabeza y cayó dentro del caldo.

Por pronto que quisieron sacarla con una espumadura, habia ya sufrido lesiones de consideracion. Las orejas le quedaron casi cocidas, y un fideo que se le arrolló al cuello, estuvo para ahorcarla. Todavia se le conoce la huella que hizo en la carne.

Á la señorita Marta Brow, le ocurrió tambien un sério percance, el otro dia.

Se echó á dormir la siesta dentro de una zapatilla de Cartocci, y, éste, que lo ignoraba, siguiendo la costumbre de ponerse calzado cómodo para andar por casa, metió el pié en el *catre* de Marta. Bajo presion tan terrible, la señorita Brow, medio asfixiada, hincó los dientes sobre un dedo; Cartocci notó el mordisco en una pequeña punzada y como creyera que fuese por algun clavillo, caido por casualidad dentro de la zapatilla, se la sacó y empezó á sacudirla fuertemente, poniéndela boca abajo y golpeando con fuerza sobre la suela.

La señorita Brow, se desprendió desmayada, y gracias á que dió con el cuerpo sobre un *pucho* de cigarro blanco, no se le hizo mil añicos.

Es verdad que Cartocci, desde este suceso, pone todo el cuidado posible para evitar que se reproduzca, ya sea por la misma causa ó por otra.

Mientras falta del hotel, les obliga á estar reunidos dentro de una sombrerera y cuando vuelve, les hace vestir de negro y les pasa lista sobre una servilleta, á fin de que destaquen mejor y no se le traspapele, ó mejor dicho, se les *traspersone*, ninguno.

El jueves se presentaron en el Politeama y, era de ver el orgullo con que se erguian ante ellos, todos los espectadores de mas ó menos, en materia de altura.

Muchos, que no tienen la de un perro sentado, arqueaban el cuerpo para mirarles y sonreian burlonamente, como diciendo:

—¿Cuantos necesitaria yó, como estos, si se me atufasen las narices?

Duplessis, que es el *duplo* de una persona, (¡el *duplo, sí!*) parecia, al lado de los enanos,—dicho sea sin ánimo de agraviarle—la estátua de la Plaza Cagancha, con galera de felpa.

Casey, que es *casi* tan alto como Duplessis, aunque parezca mentira, quiso tomar al Príncipe Emidge en los brazos para darle un beso y hubo de desistir á ruego del favorecido, que le dijo:

—Señor, á esa altura, temo desvanecerme; béseme V. tumbado si quiere, ó hagame una caricia con los dedos de los piés; yó, en recompensa le abrazaré un tobillo.

Con el auxilio de los anteojos se les vé bailar y moverse de un lado á otro del escenario. Tambien cantan, pero su voz, es como el silbido de una nariz resfriada y apenas se les entiende.

La princesa Mignon y el príncipe Emidge son los mas pequeños; la parte mas gruesa de su cuerpo viene á ser como un dedo meñique de Escofet.

En cambio, su gerarquía, no puede ser más alta.

Por razon de ella debia dárseles el tratamiento de *Alteza*; pero resulta una burla á su tamaño. El único que les cuadra es el de *Bajeza* y aun se les hace mucho favor.

La señora del General Tot es puro seno. Dicen que ha tenido un hijo y que su alumbramiento fué muy dificultoso. Me figuro que el *forces* sería un escarbadientes.

El General Ernesto Schofer, tiene el alto de un frasco de mostaza inglesa. En una batalla, sería difícil destruirle á balazos. Unicamente el doctor Koc, especialista en la destruccion de *bacilus*, seria capaz de acabar con él.

En fin, todos ellos agrupados, podian cubrirse con una oreja de Ruletti, como dijo muy bien un espectador en el Politeama.

El coche que usan y que se exhibe con ellos en el proscenio, le podia arrastrar, bien cargado, una yunta de correderas.

El que le dirije, tiene diez centésimos de hombre y lo menos treinta pesos de sombrero.

En los intermedios del programa, recorrieron todas las localidades del teatro para hacerse conocer de cerca.

Se les prodigó todo género de caricias, si bien hubieron de lamentar entre ellas algunos sensibles contratiempos.

Un niño la metió la mano por debajo de las polleras á Marta Brow, buscándola el sitio por donde se le *daba cuerda*. Creia que era una muñeca que se movía con resorte.

Otro niño le introdujo un dedo por un ojo al General Ernesto, para ver si los tenia de cristal.

A la Princesa Mignon la derribó una señora con un estornudo.

La Generala Tot, tropezó en un fósforo que habia en el suelo y casi se estrella contra la funda de un atado de cigarrillos.

Para saludar á los espectadores alargaban la mano, pero casi todos les tomaban la mano y el brazo, para convencerse de que habian estrechado algo.

El público, que acudió en gran cantidad para verlos, salió admirado de la pequeñez de la compañía.

—¡Vea V.!—decia un corredor de Bolsa—nos llama la atencion esta Compañia por sus tipos diminutos, y es mayor que otras que aquí se tienen por muy grandes.

—Mayor que otras, dice V.?

—Si hombre sí; ahí tiene la Compañia Nacional de Crédito, que no me dejará mentir. A 10 y á 10 1/2 se cotizaron ayer sus acciones ¿Quiere V. una Compañia con *tipos* mas *bajos*?

*
* *

Es lo único que podemos referir de todo lo ocurrido en la semana.

Lo demás, fué de pequeña importancia y para hablar de *pequeñeces*, basta y sobra con lo que dijimos de los *enanos*.

EUSTAQUIO PELLICER

Táctica nueva

Allí estaba, firme, inmovil, mirándola con infinita ternura, mas bien con adoracion, como en éxtasis.

No hubieran conseguido sacarlo de su abstraccion, todas las trompetas del apocalipsis, resonando junto á sus oidos. En aquel momento, su espíritu vagaba por lejanas regiones; se figuraba con placer hallarse recorriendo el inconmensurable espacio, unidos en supremo abrazo, como Francesca y Paolo; sentía los anhelos de aquella carrera infinita, eterna, fantástica, de dos almas, comprendida su íntima esencia, recorriendo en vertiginoso remolino la inmensidad del Tártaro, á sus ojos transformado por el amor en luminoso lugar de delicias.

Y, en verdad, en el Infierno, ó poco menos, se encontraba el soñador Alfredo. Convendreis en ello, cuando os haya dicho que el lugar de la escena era un aristocrático baile.

Poned en lugar de Pluton, á la Envidia, reinando como soberana en todos los corazones. Colocad á su lado, como dignos ministros, á la Calumnia y la Mentira, y tendreis la Trinidad Infernal, disfrazada con brillantes vestiduras y ejerciendo su venenosa justicia entre agradables sonrisas.

Porque, eso sí; éstas abundan, y no hay boca femenina que no se contraiga para dejar pasar una, ya sea maligna ó sincera.

Ahora bien; todos los representantes del sexo barbudo como ha dado en llamársele, estaban conformes en reconocer que ninguna de las concurrentes tenía sonrisa mas seductora que aquella que vagaba en los frescos y rojos lábios de Ema.

Si á esto se agrega que detrás de aquellos lábios se veian unos dientecitos que deslumbraban con su blancura, como los ojos de su propietaria, con su brillante color, negro como la tristeza. Si se considera que una nariz irreprochable y unos cabellos negros, sedosos y suaves, como su satinado cútis, eran digno complemento de rostro tan perfecto, podrá tenerse una idea de los encantos de aquella criatura que, sin duda por equivocar el camino del Cielo, vino á parar á la Tierra, y de aqní al Infierno, ó sea el baile de que hablamos.

Como ya lo hemos dicho, Ema sonrió; pero ¡ay! ninguna de sus sonrisas iba dirigida á Alfredo, lo que desesperaba al pobre chico, tanto mas, cuanto que veia al lado de su adorado tormento, gozando del encanto de su conversacion, á uno de esos entes cons-

tituidos por varias prendas de vestir hechas á la última moda, vale decir, lo mas ridículamente posible. Entes, en que el alma parece representada por un flamante ramo, colocado en el ojal izquierdo de la solapa de su frac.

La jóven hizo un desdeñoso mohin al descubrir á Alfredo, que sin duda la habia importunado con su presencia en todas las reuniones á que concurria y luego dijo, dirigiéndose al jóven elegante.

—¡Alberto!

Alberto no la oyó, pues estaba sumamente ocupado en arreglar bien la caida de su pantalón.

—¡Alberto!—dijo más alto Ema.

—¡Ah! dijo Alberto como despertando de un sueño y añadió con aflautada y meliflua voz: ¿Me hablaba V., Emita?

—¿Quién es aquel jóven que nos mira reclinado en la tercera puerta? Se ha convertido en mi sombra; no voy á reunión donde no se encuentre él—¡Que importuno!

—¡Oh! contestó Alberto. Es Alfredo, le conozco. ¿Qué mal viste, eh? Figúrese V., con aquel cuello tan bajo y sin flor en el ojal. Es el colmo dijo, tirándose el chaleco; es el colmo, ja, ja.

Ema no preguntó más.

En aquel momento se acercó á Alfredo un jóven de rostro alegre y burlón.

—Chico, dijo golpeándole el hombro. Acabo de enojarme con Leonor. ¡Vieras que me he divertido! Dice que esta vez es la última: que no me perdona más. Es para morirse de risa. Decididamente, Dios creó las mujeres para diversión de los hombres.

—¡Feliz tu, que tienes quien te perdone y quien te ame!—dijo con tono patético Alfredo.

—¿Pero, porque diablos dices eso con tono de amante trasnochado de melodrama?

—¡Ay Luis!—he perdido toda esperanza ¡Nunca me corresponderá!

—¿Quien? ¡Ah! la seductora Ema? ¿No se ha rendido aún? ¡Caracoles, estaba bien guarnecida la plaza! Es verdad, tambien, que no has intentado el asalto.

No importa; ya te corresponderá. Tengo preparado un plan famoso y si tiene éxito, ya verás como te encuentras con una mujer á cuestas, cosa bastante incómoda...

—¡Oh! Calla, es imposible.

—¡Que ha de ser imposible! Tu tienes un aspecto apropósito..... Ya verás; dicen que Mercurio era el más astuto de los dioses. Yo lo imitaré, y unidas la buena voluntad de Pilades y la astucia del matador de Argos, pronto desarmarán al gran pillastre de Cupido, conquistando para el triste Orestes-Alfredo los favores de esa desdeñosa Vénus.

¿Eh, qué tal?—¡Qué elocuencia!—Decididamente ya nací para abogado.

—Sí, lo que es charla no te falta.

—Ya verás el uso que hago de ella. Ea! despidámonos y te espondré en casa mi plan.

—

Han transcurrido seis meses.

—¡Ah!—decia con satisfacción Ema que se quitaba el abrigo con que habia salido de un baile—por fin me veo libre de mi eterna sombra! Cuando pienso que hace seis meses que asisto á las fiestas sin estar vijilada por la continua mirada de aquel paciente Alfredo, me parece un sueño. A la verdad; tan acostumbrada estaba, que hasta parece que lo estraño.

Aquí llegaban sus reflexiones, cuando entró la camarera á entregarle una cajita atada con una cinta negra que, segun dijo, habian traido aquella misma noche.

La jóven abrió con curiosidad la caja y encontró en el interior dos legajos de cartas. Desató uno, y cual no seria su sorpresa al ver que contenia cartas con su firma, dirijidas á Alfredo, escritas con tal apasionamiento amoroso, que podia dejar atrás el de la tan celebrada Elvira.

Su letra estaba bastante bien imitada.

El otro legajo contenia las cartas de Alfredo, que respiraban un verdadero delirio erótico.

Además, se encontraban en la caja un rico alfiler de corbata, una sortija de mujer, dos mechones de cabellos de los que, uno, figuraba como cortado de sus negras trenzas, y varias flores secas.

En el fondo de la caja estaba la esplicacion del enigma.

«Señorita Ema:

Alfredo estaba locamente enamorado de Vd. Yo, como lo veia enfermo, quise evitarle los dolores de una muerte desesperada y le hice creer que Vd. le correspondia, haciendo llegar hasta él los testimonios de amor que remito y de que he quedado encargado despues de su muerte.

Pido á Vd. disculpa por el medio de que me he valido para aliviar las penas de un pobre jóven que ha muerto pronunciando su nombre.»

—

Concluida la lectura, Ema quedó pensativa mirando aquellas muestras de amor que recibia de un modo tan estraño.

Luego la sobrecogió extraña compasion hácia aquel hombre que habia muerto adorándola, sin recibir de ella la menor prueba de afecto.

Aquella noche no pudo dormir, pensando en aquel inmenso amor recompensado con tan cruel desden.

Desde entonces fué presa de profunda tristeza Sentia verdadero amor hácia el pobre Alfredo. Aquel amor de ultratumba, la mataba. No asistia ya á ningun baile, ni reunion, y su familia hacia titánicos esfuerzos por distraerla, sin conseguirlo.

Al poco tiempo se anunció un gran baile al que fué invitada. Toda la familia se empeñó para que asistiera. Ella permaneció inflexible.

Pero en la tarde del dia en que debia tener lugar la fiesta, recibió un billete concebido en los siguientes términos:

«Señorita:

Si asiste V. esta noche al baile, tenga V. la bondad de hallarse á las doce en el saloncito rosado, pues tengo que comunicar á V. algo referente á Alfredo.—*L.*»

Despues de titubear unos momentos, se decidió y anunció con gran alegría de todos, que asistiria aquella noche á la fiesta.

A las doce se encontraba en el saloncito rosado que estaba perfectamente solitario.

Al rato de encontrarse allí se levantó un tapiz y vió aparecer... ¿A quién os figurais? Al mismísimo Alfredo, que vino á arrodillarse junto á ella, haciendo las mas ardientes protestas de amor. Arrebatos de ternura, lágrimas, risas, perdones, promesas de toda clase, etc., etc. Aunque parezca inverosímil, todo esto pudo contener el saloncito rosado, apesar de ser muy pequeño.

No trataremos de describir la escena, porque nuestra pluma no podría hacerlo con verdad.

El idilio se hubiera prolongado indefinidamente, si una voz no lo hubiera interrumpido diciendo:

—¡Bravo! Vénus y Adónis. Apesar de que tu eres pasablemente feo, no puedo aplicarte otro nombre por no alterar la *verdad* mitológica.

Ambos se volvieron y se encontraron con Luis que dijo acercándose á Ema.

—Espero que me disculpará V. si me he valido de tales medios para...

—Agradezco á V. con toda el alma el interés que le hemos inspirado.

—¡Bah! ya se lo había yo dicho á Alfredo. Por fin el constante Pilades consiguió vencer al traidor Cupido.

—No le ha costado poco trabajo.

—Pero me ha sido algo útil. Leonor me pilló la copia de una de las cartas que puse en la cajita que mandé á Ema y por celos se ha reconciliado conmigo esta noche.

—¿Y cómo no se encuentra aquí?

—¡Ah! es que acabamos de disgustarnos otra vez.

ARTURO A. GIMÉNEZ



(CONTINUACION)

CAPÍTULO IV

El tigre de Marineda

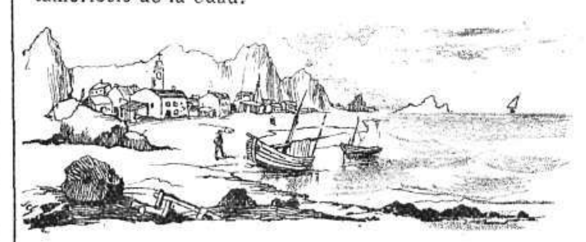
En una de las más pintorescas hendiduras de la costa del Mediterráneo, donde el mar ha labrado filigranas de piedra, allí tiene su asiento Marineda, deliciosa, apacible, sonriente, en eterna primavera, rodeada de peñones magestuosos que han hecho brotar por todos lados las fuerzas espansivas de la costra terrestre, como una ondina recostada indolentemente en una suave ladera, hundidos los desnudos piés en una alfombra inmensa, que otra cosa no semeja la hermosa playa que allí ha allanado la resaca de las aguas.

Al revés de las aldeas montañesas donde la monotonía del paisaje y la continuación de sensaciones idénticas, engendra el fastidio, en Marineda, puñado de pequeñas viviendas saneadas á todas horas por las brisas del mar, nadie conoce el enervamiento del hastío, ante el espectáculo siempre nuevo, siempre imponente del Mediterráneo en sus horas de calma seductora, como canto de sirena, y de bramar furioso, como leon hambriento.

Si pueblo alguno ha conseguido en la tierra la posesion tranquila de la felicidad, es Marineda.

Hasta allí han llegado como en todas partes las bocanadas del progreso con que el vapor humeante anuncia su paso por mar y tierra, pero el vaho del modernismo ha cedido siempre su afan de conquista al llegar á Marineda, convencido de una lucha estéril ante las auras salobres único alimento de los pulmones de aquella gente verdadera seleccion de la raza, de nerviosa conflexion, musculatura en su verdadero desarrollo y alma templada para la diaria lucha por la vida.

Los años, que no transcurren en balde por parte alguna, pasan por Marineda sin dejar huella. Aquellas gentes nacen, viven y se mueren, agenos á toda ambicion mundana secundando, solo por instinto, las metamórfosis de la edad.



Esta era y así se vivia en Marineda hace 50 años, en 1840, cuando una tarde en que toda la flota dedicada á la pesca habia abandonado la playa internándose en el mar hasta rasgar la línea del horizonte, tendiendo las espesas y fuertes mallas que se recogían, al retorno, llenas con el fruto de la hábil faena, el cielo sonriente tornóse ceñudo, empañaron la pureza de la bóveda azulada densos nubarrones preñados de electricidad, al primer chubasco acompañóle el lejano rumor de truenos, hasta que deshecho el vendabal, forjóse el rayo que cruzaba sin cesar en enorme zig-zag la espantosa lobreguez que se cernía por todos lados.

Subió el oleaje, rumoroso, ardiente, amenazando con fiero ademan, arremolinándose, hasta confundirse con las nubes que parecian desplomarse al peso del agua que encerraban y se filtraba por las hendiduras formando inmensas cataratas, mientras en alta mar, asidos al timon de la débil barca, juguete de aquellos dos mónstruos, fijos los ojos en la lejana orilla, luchaban los pescadores por salvar sus vidas y sus barcas y en la playa corrían desoladas, madres, esposas, hijos, confundiendo sus lamentos y plegarias con la estruendosa voz de los elementos desenfrenados que apagaba el débil tañido de la campana de la iglesia de la Vírgen de Marineda, agitada desesperadamente por el soplo del vendabal.



Cerró la noche cuando la tempestad cedía en su fiereza, azotando de popa con un chasquido estridente á las barquillas, que llegaban á la playa una á una, desarboladas, deshecho el timon, tronchado el palo, rotas las mallas, despues de algunas horas de titánica lucha.

Marineda, desierta, abandonada, silenciosa, triste, testigo mudo de las escenas de dolor de aquella tarde de horrores, se destacaba en la hendidura de la costa, velada por la sombra compacta, como un tramo de piedras blancas. En la playa estaban todos, viejos, y jóvenes, sexos y edades, porque todos anhelaban, todos temian, torturada el alma por el terror de un peligro inminente.

Faltaban dos barquillas. Las mejores de la flota, conocidas en Marineda por *San Pedro* y *San Andrés*, comandadas por dos verdaderos lobos marinos y tripuladas por brazos fuertes y avezados á las faenas de la pesca. Las dos barquillas acostumbraban á internarse mas que las otras y desafiaban los peligros á cambio de la pesca abundante y escogida que recogian diariamente.

Los minutos transcurrian perezosamente hasta hacerse interminable y desalentadora la tardanza de las dos pequeñas embarcaciones.

Al fin, despues de algunas horas de angustia, desde lo alto de un peñasco divisóse el afilado pico de una vela latina que siguió avanzando, hasta que la *San Pedro* hundió su quilla en la arena de la playa.

Sin dar tiempo á que el patron de la barquilla asomase á la borda, la *San Pedro* sufrió el abordaje de la ansiosa multitud, que con avidez y congoja preguntóle á gritos:

—¿Y la *San Andrés*?....

El patron, sin acertar con una respuesta que calmase tanta incertidumbre, bajó la cabeza y, tendiendo los brazos, recogió de sobre cubierta un envoltorio informe y levantándolo en el aire, exclamó, ahogando un sollozo:

—¡Aqui está lo único que he podido salvar!

Lo estrechó contra su pecho y entrególo despues á las manos cariñosas que se disputaban por reconocer la única presa arrancada á las garras del huracan.

¡PARA SAL LA CRÍSIS!

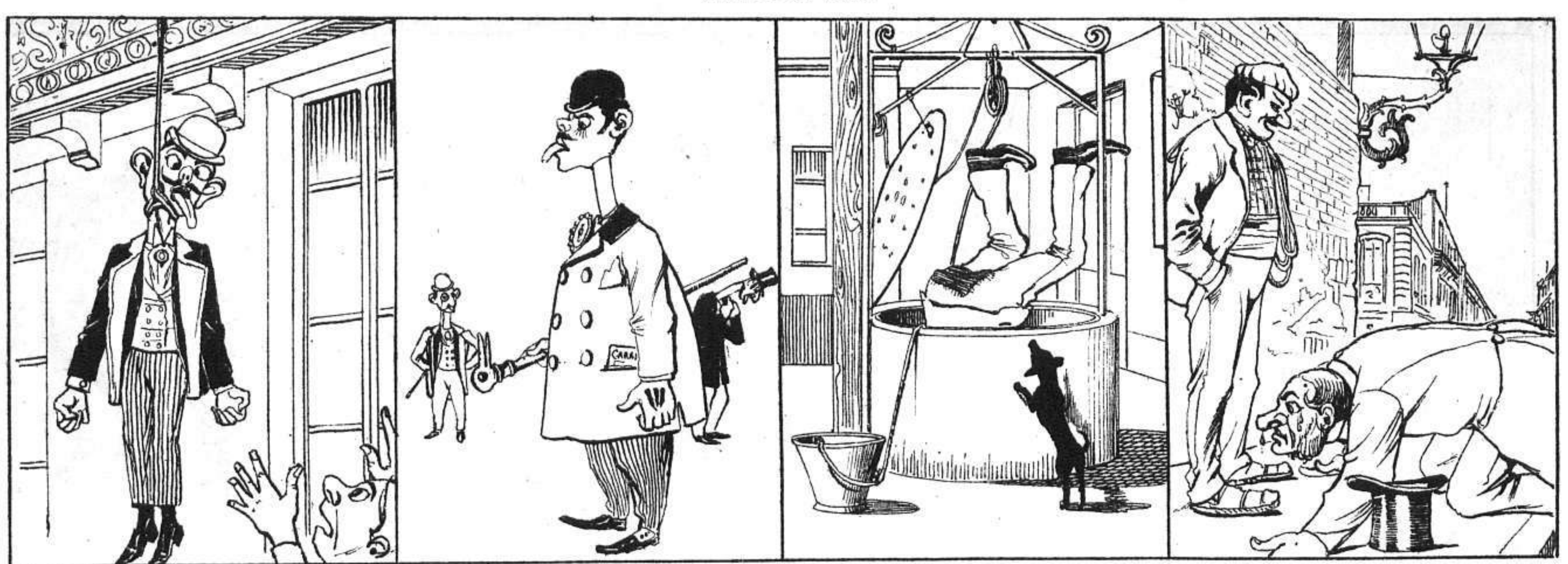
DISTINTOS SISTEMAS DE QUE PUEDEN EMPLEARSE

POR EXPLOSION



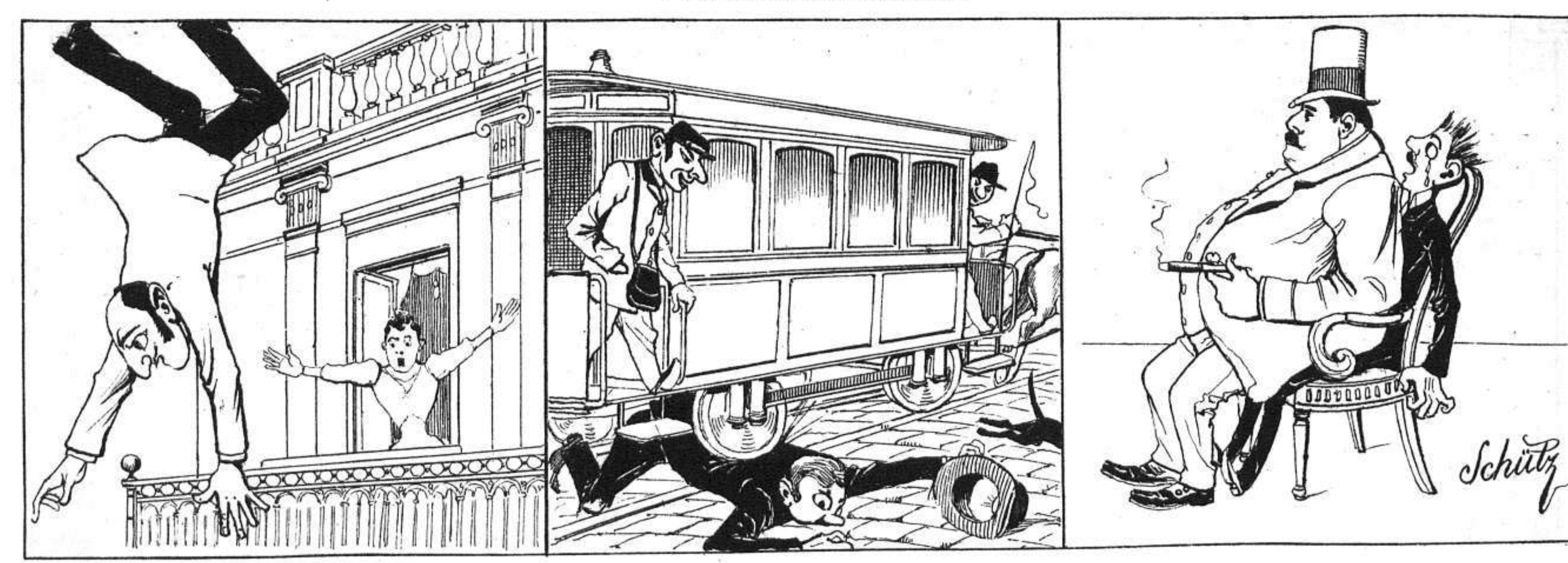
Con rewólver, agujereándose la sien. — Con escopeta, levantándose la tapadera del mate. — Con dinamita, para mayor seguridad.

POR ASFIXIA



Colgándose de cualquier sitio por el pescuezo. — Con los nuevos cuellos de moda. — Tirándose á un algibe. — Poniendo las narices, cerca de los piés de un changador.

POR MACHUCAMIENTO



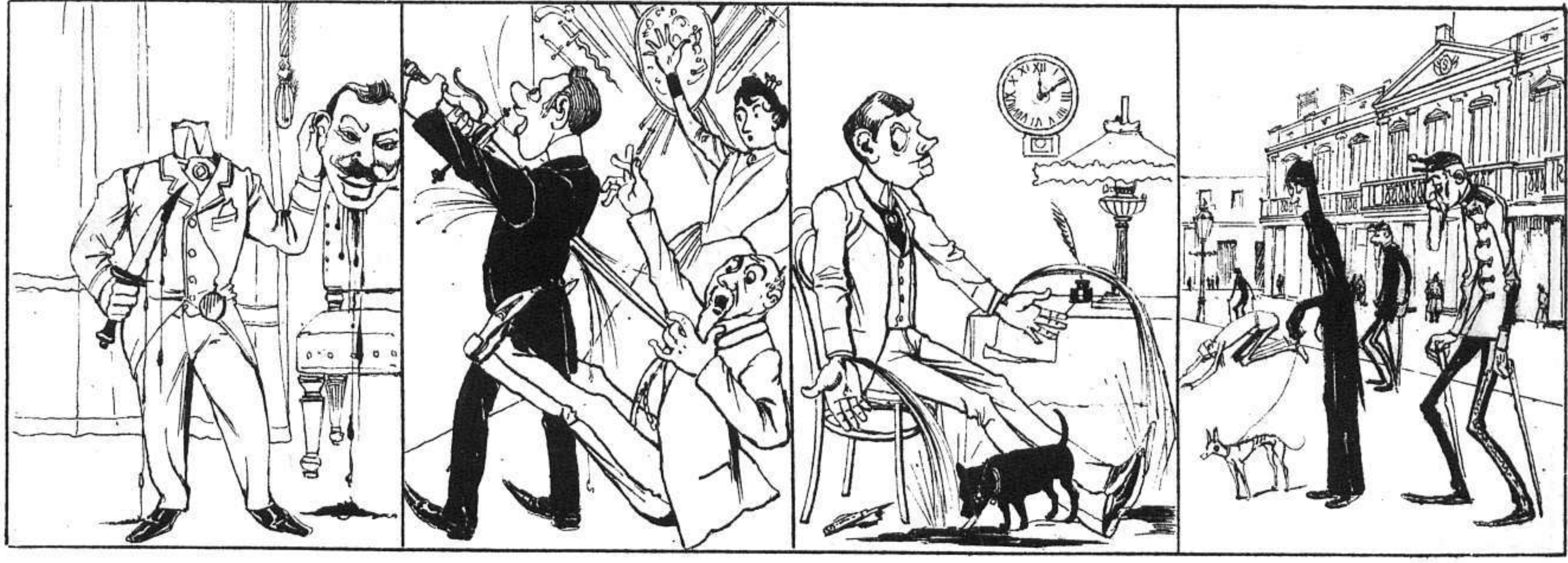
Saliendo de casa por la azotea. — Cruzando la calle en el momento que pase un tren. — Dejándole sentar encima á uno como este.

POR INTOXICACION



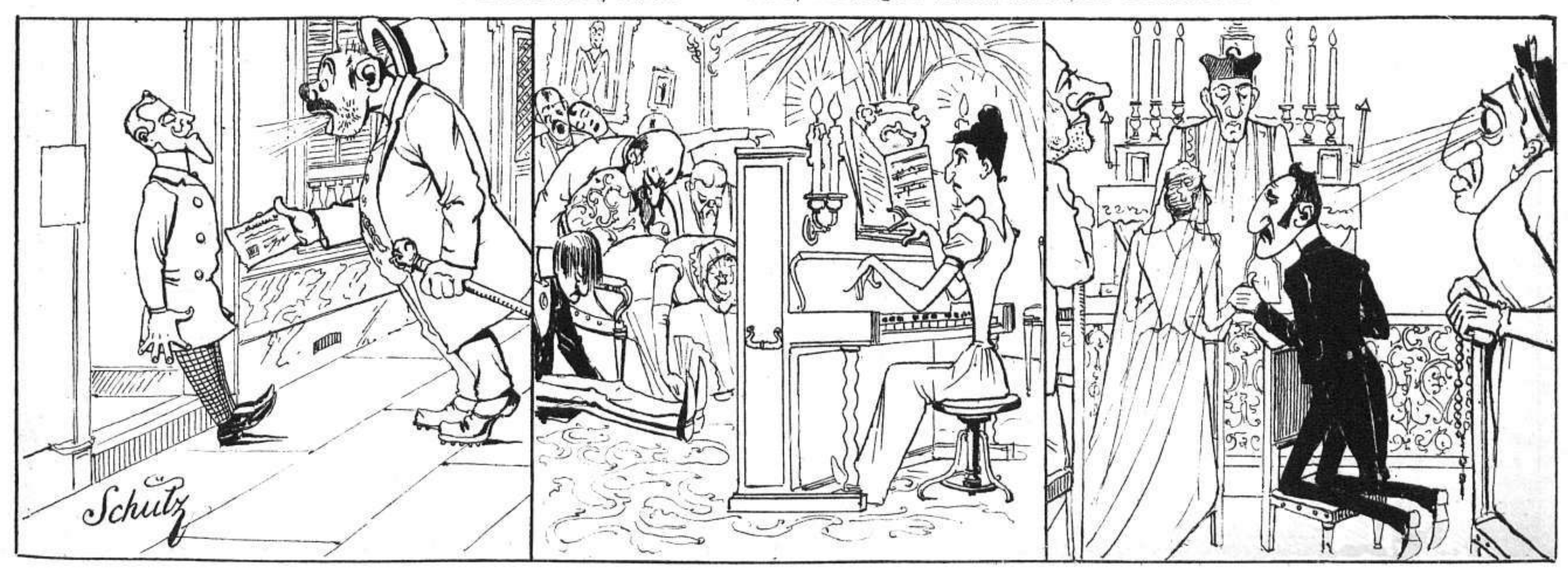
Dándose un banquete con fósforos. — Libando *Kerossén*. — Con cuatro sorbos del agua de Santa Lucía.

POR ARMA BLANCA — POR CONSUNCION



Segándose el zapallo por la raiz. — Taladrándose el tronco. — Con sangría suelta ó en libertad. — Cobrando por la planilla de las clases pasivas.

POR OTROS MEDIOS, MAS LENTOS, AUNQUE IGUALMENTE SEGUROS



Teniendo un casero como la muestra. — Oyendo tocar el piano á un aficionado ó aficionada. — Casándose.

JAIME MAESO

URUGUAY 99

Su martillo ha demostrado
que, de todos los que hay,
es el mas afortunado,
pues con él ha rematado
la mitad del Uruguay.



EL UNIVERSAL



25 de Mayo esquina Cámaras

Hace calzado á medida,
á unos precios muy baratos,
y es la casa preferida,
por ser la mejor surtida
en botines y zapatos.



BAZAR NACIONAL

SARANDÍ 347

Para hacer un buen regalo
véte á Sienra sin dudar,
porque Sienra, en su Bazar,
nunca tuvo nada malo.

LA BODEGA



ZABALA 95

Si te dice un bebedor
que en la casa de Orejuela
no existe el vino mejor,
le puedes decir, lector,
que se lo cuente á su abuela



AL FIGARO

Peluqueria

18 DE JULIO NÚM. 5

Nadie á pelar le aventaja,
y afeitando es tan artista,
que al filo de su navaja
no hay pelo que se resista.



LUIS A. CAPRARIO

Zabala 154

Llevó el martillo á Maeso,
en campaña provechosa
y no les digo otra cosa,
porque es bastante con eso.



SUÑER Y CAPDEVILA

Uruguay 178

Es un médico especial,
de quien diria cualquiera
que ha encontrado la manera
de hacer al hombre inmortal.



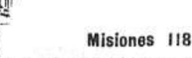
FITZ-PATRICK

Fotografia Inglesa

Rincon 176

Fotografía especial,
en que se cópia á la gente,
tan perfectísimamente,
que parece natural.

FRANCISCA CAMPOS



Misiones 118

Enseña el piano tan bien
y la música tan pronto,
que en tres meses al mas tonto,
le convierte en *Rubistén*.



FRANCISCO ARROYO

BUENOS AIRES 237 (esquina á Cámaras)



LA URGENTE

Empresa de Encomiendas

CERRITO 207

La Empresa que te presento
te ruego, lector, que atiendas,
porque hace las encomiendas
con la rapidez del viento.



COCHERIA MODELO

Convencion 267

Con poco que quiera usté,
desalojar el bolsillo,
se dá facilmente el brillo
de no caminar á pié.



CONFITERIA DEL TELEGRAFO

25 de Mayo 370

Pasteles y confitura
y dulces de los mejores;
en esta casa, señores,
es todo vida y *dulzura*.



LA INDUSTRIAL

Treinta y Tres 216

El que rije *La Industrial*
es, como saben, señores,
el Capitan General,
de nuestros rematadores.



BRILLANTE SOL

25 de Mayo 290

Reflejan con tanto brio,
y lanzan tan buena luz,
que trastornan el *sentio*,
como dijo un andaluz.



EDUARDO ZORRILLA Y Cª

Ibicuy 257

Remata indistintamente,
todo lo que el gremio abraza,
pero muy especialmente,
los animales de raza.



GUITARRERIA ESPAÑOLA

Rincon 286

Las hago tan españolas,
y con tan buenas maderas,
que acompañan ellas solas
para cantar *peteneras*.



CERVECERIA DE NIDING

Asuncion (Aguada)

Me comprometo á probar
que mejor que esta cerveza
no la ha tomado Su Alteza,
el Principe de *Bismar*.



TUPI-NAMBÁ

Buenos Aires frente á Solis

Nunca dijerir podrá
con facilidad usté,
sino toma del café
que sirve el Tupí-Nambá.



PRINCE É HILL

Dentistas Norte-americanos

CÁMARAS 163

Gracias á los especiales
estudios de Prince é Hill,
pueden comer mas de mil,
con sus dientes naturales.



EL REVOLTIJO

Bacacay 7

Se pueden lograr tres fines
en esta casa, lector:
beber bien, fumar mejor,
y lustrarse los botines.